Laura Bellini



Todos los caminos llevan a tu cocina

Compartir la mesa es un comienzo, no una promesa de sacrificio

Todos los caminos llevan a tu cocina

Compartir la mesa es un comienzo, no una promesa de sacrificio

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384902769

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Recetas para la vida de los demás 13
Capítulo 2 - Un lugar a la mesa 26
Capítulo 3 - Cuando se apaga la luz 39
Capítulo 4 - Entre lo que permanece 51
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 63
Capítulo 6 - El sabor del primer beso 75
Capítulo 7 - Entre el beso y la verdad 88
Capítulo 8 - Donde todo el mundo conoce tu nombre 100
Capítulo 9 - Lo que no se puede recuperar 114
Capítulo 10 - Quédate porque quieres 127
Capítulo 11 - Una mañana sin promesas 140
Capítulo 12 - El precio de quedarse 152
Capítulo 13 - No todo está en venta 165
Capítulo 14 - Una verdad dividida entre dos 177
Capítulo 15 - La factura de la esperanza 188
Capítulo 16 - Caminos separados 200
Capítulo 17 - Lo que me pertenece 213
Capítulo 18 - Sin pagar un precio por quedarse 224
Capítulo 19 - Lo que realmente permanece 236
Capítulo 20 - Todos los caminos llevan a tu cocina 247

INTRO

Lo primero que vi al llegar fue a un hombre sacando una mesa de cocina de la casa.

No fueron las maletas, ni el sol otoñal que se extendía sobre las praderas de Podlasie, ni siquiera el huerto de manzanos por el que había detenido el coche un kilómetro antes. Fue la mesa. Enorme, de roble, con la superficie desgastada por años de comidas y cuatro patas que, por lo visto, no tenían ninguna intención de colaborar con su dueño.

El hombre soltó una maldición en voz baja cuando una de ellas se enganchó en el marco de la puerta.

—Podría probar a girarla de lado —le sugerí desde la ventanilla abierta.

Se detuvo y me miró por encima del tablero. Tenía el pelo oscuro, una barba de varios días y la expresión de alguien a quien acababan de proponer una solución extraordinariamente evidente para un problema extraordinariamente complicado.

—Entonces no pasará por la puerta.

—¿Y si primero desmonta las patas?

—Entonces dejará de ser una mesa.

No supe si estaba bromeando.

Apagué el motor y salí del coche, acomodándome la correa de la bolsa de fotografía. El aire olía a tierra húmeda, al humo de una chimenea lejana y a manzanas que caían de los árboles más deprisa de lo que nadie alcanzaba a recogerlas. Eran finales de septiembre y yo había llegado a Podlasie con un calendario perfectamente organizado, dos

cámaras y la firme decisión de no permitir que, esta vez, la vida de otra persona absorbiera la mía.

—Malwina Czerwińska —me presenté—. Tengo una cita con el señor Jar.

El hombre bajó la mesa al suelo con cuidado.

—Witold Jar.

Por supuesto.

En mi imaginación, el propietario del alojamiento rural con el que llevaba tres semanas intercambiando mensajes prácticos y precisos era un señor de pelo canoso, vestido con un jersey y que olía a madera y a té. En cambio, ante mí había un hombre de treinta y tantos años, con una camisa de lino remangada y los antebrazos cubiertos de polvo. Tenía una voz grave y agradable y esa irritante clase de serenidad que conseguía que hasta su silencio pareciera una respuesta.

—Ha llegado usted antes de tiempo.

—Once minutos.

—¿Eso le parece poco?

—Para alguien que trabaja siguiendo un horario, once minutos son un regalo.

Miró mi coche y después su reloj.

—En ese caso, aprovecharé el regalo para volver a meter la mesa.

—Hace un momento estaba sacándola.

—He cambiado de opinión.

Sonrió, apenas perceptiblemente. Aquello no debería haberme interesado. Al fin y al cabo, había venido a trabajar, no a coleccionar sonrisas de hombres cuyos apellidos

desaparecerían de mi vida cotidiana al cabo de unas semanas.

Tenía treinta años, cuatro libros de cocina publicados y experiencia suficiente para saber que, profesionalmente, los favores más caros suelen ser los que se hacen a personas a las que uno les ha tomado cariño.

La editorial me había propuesto un proyecto otoñal dedicado a las recetas de Podlasie. Nada de folclore fingido, ni coronas decorativas de flores, ni recetas inventadas para que quedaran bonitas en las fotografías. Cocinas auténticas, personas reales, platos recordados de la infancia que todavía se preparaban, aunque cada vez con menos frecuencia. Un trabajo que llevaba mucho tiempo deseando hacer.

Una vez terminada la documentación, regresaría a Varsovia, cerraría el material y empezaría las conversaciones sobre mi propia colección de libros. La primera en la que nadie decidiría por mí cómo debía ser mi carrera.

Witold levantó uno de los lados de la mesa.

—Ya que está aquí, ¿puedo pedirle ayuda?

Debería haberme negado. Tenía el maletero lleno de equipo y una reunión de organización dentro de veinte minutos.

En lugar de eso, dejé la bolsa en el suelo.

—Pero, por favor, no me diga que el éxito de todo el libro depende de esto.

—¿De la mesa? —Me observó divertido—. No descartaría esa posibilidad.

Agarré el otro extremo.

La madera pesaba más de lo que había imaginado. Tuvimos que coordinar el ritmo, corregir la dirección y atravesar el umbral casi de lado. Cuando retrocedí demasiado deprisa, Witold detuvo el movimiento antes de que me golpeara la cadera contra el marco.

—Despacio. Yo la sujeto.

Lo dijo con naturalidad. Sin familiaridades, sin ningún tono teatral.

Aun así, durante una fracción de segundo pensé en cuánto tiempo había pasado desde que alguien me había dicho algo semejante sin esperar presentarme la factura más adelante.

Entramos en la cocina.

Era hermosa de una manera que ningún diseñador habría podido reproducir. Las ventanas altas daban al huerto de manzanos, junto a la pared había una estufa de azulejos y sobre una amplia encimera colgaban cazos de cobre. En el alféizar maduraban los últimos tomates. Una cesta de peras ocupaba la mitad del aparador, y sobre los fogones burbujeaba una olla de la que se desprendía un aroma a mantequilla, cebolla y mejorana.

Y, de repente, todas las preguntas que había preparado me parecieron demasiado pequeñas para aquel lugar.

—¿Quién cocina aquí? —pregunté.

—Hoy, yo.

—¿Y normalmente?

—Depende. La señora Helena, a veces mi hermana, a veces los huéspedes. Antes, mi madre.

Pronunció la última frase de otra manera. Más bajo, sin invitarme a hacer más preguntas.

Dejamos la mesa en el centro de la cocina. Witold la desplazó unos centímetros más, como si intentara devolverla al lugar que le habían asignado muchos años atrás.

Observé unas marcas circulares dejadas por ollas calientes sobre el tablero. Cerca de uno de los bordes, alguien había grabado una pequeña estrella.

—¿Pensaba tirarla?

—No. Estaba comprobando si cabía por la puerta de la despensa.

—¿Para qué?

—Estoy tomando medidas.

Señaló con la cabeza unos papeles que había junto al aparador. Al lado de un plano de las habitaciones distinguí una tabla con medidas, varias fotografías de los edificios de la finca y la tarjeta de visita de una agencia inmobiliaria. Solo entonces recordé una frase de su primer correo: La documentación debería estar terminada antes de la venta prevista de la propiedad.

En aquel momento no había preguntado por los detalles. Desde un punto de vista profesional, me bastaba con conocer la fecha.

Ahora, por primera vez, pensé que detrás de aquel plazo podía esconderse algo más que un cambio de propietario.

Witold dio la vuelta a la fotografía que estaba encima de las demás.

—¿Café? —me ofreció.

—Encantada. Sin leche.

—¿Azúcar?

—No.

—Bien. Al menos en una cosa tenemos las reglas claras.

Sacó dos tazas de un estante. Lo observé moverse por la cocina sin buscar nada, sin detenerse ante los cajones. Conocía cada tabla del suelo, cada armario que no cerraba bien. En mi apartamento de Varsovia, todo tenía un lugar determinado porque yo misma lo había elegido. Allí, en cambio, los objetos parecían haber quedado después de conversaciones que nadie había querido terminar.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

Era un mensaje de mi editora, Iza.

Confírmame, por favor, la fecha de regreso. La reunión sobre tu colección se ha adelantado al dieciséis de octubre. Tienes que asistir en persona.

Respondí inmediatamente: Estaré allí. Sin cambios.

Witold dejó el café delante de mí.

—¿Todo bien?

—Sí. Estoy terminando de organizar otros compromisos.

—¿Ya está planeando marcharse?

No sonó a reproche, pero me di cuenta de que durante un instante había estado mirando la pantalla de mi teléfono.

—Siempre planeo mi partida antes de llegar a cualquier sitio.

—Debe de ser cómodo.

—Es seguro.

No sé por qué respondí con tanta sinceridad.

Fuera, las ramas susurraron al moverse. Witold apoyó las manos en el borde de la mesa y me observó con mayor

atención. No intentó cambiar de tema ni preguntarme de dónde venía aquella necesidad de sentirme segura. Simplemente aceptó mi respuesta, y eso resultó más desconcertante que cualquier muestra de curiosidad.

—En ese caso, menos mal que al menos la cocina sigue en su sitio —dijo.

—¿Y a veces no es así?

—Últimamente, aquí muchas cosas están cambiando de lugar.

Me entregó un cuaderno delgado con tapas de tela. En la primera página, una letra femenina recogía una receta de babka ziemniaczana, un pastel tradicional de patata. Más adelante había anotaciones escritas con otra tinta, proporciones tachadas y una observación en el margen: A Witek le gusta que los bordes queden bien dorados.

Deslicé un dedo sobre la escritura descolorida.

—¿Era de su madre?

Asintió.

—Empezó a recopilar recetas antes de que a nadie se le ocurriera que podían publicarse. No todas están completas. Algunas hay que reconstruirlas a partir de los recuerdos de otras personas.

—Precisamente por eso he venido.

Witold miró el cuaderno y después a mí.

—Espero que nos dé tiempo.

Por primera vez percibí en su voz algo que no encajaba con aquel anfitrión tranquilo. Impaciencia, tal vez preocupación. Quise preguntarle contra qué estábamos corriendo exactamente, pero él abrió el cuaderno por la

página siguiente y señaló una receta de peras cocidas en almíbar especiado.

—Empezaremos por esta mañana. Hoy descanse del viaje.

—No necesito descansar.

—Lo sé. Ha llegado once minutos antes de tiempo.

Me eché a reír antes de poder evitarlo.

Noté que entonces me miraba de otra manera. Como si mi risa hubiera revelado algo que no aparecía en ninguno de mis correos ni en mi portafolio profesional.

Dejé el cuaderno sobre la mesa, pero no me levanté.

En el exterior, la luz otoñal desaparecía lentamente detrás de los árboles, mientras que la cocina olía a café, a madera cálida y a algo que todavía estaba por cocinarse. Me esperaban mi calendario, los plazos y todas las razones sensatas para mantener las distancias.

Witold acercó una silla al otro lado de la mesa.

—¿Y si prueba un poco de lo que hay en la olla? —preguntó—. Antes de que empecemos a hablar de trabajo.

Lo miré durante unos instantes, consciente de que debería establecer un límite entre la amabilidad de mi anfitrión y mi propia tendencia a encariñarme con lugares de los que después resultaba difícil marcharse.

Y, sin embargo, me quité la chaqueta y la dejé sobre el respaldo de la silla.

—Solo una ración pequeña.

Witold sonrió y fue a buscar un plato.

Y yo, mientras contemplaba el asiento libre a su mesa, me hice una pregunta que no había previsto en ninguno de mis

calendarios: ¿por qué deseaba tanto, ya desde aquel momento, descubrir cómo sería una noche cualquiera en aquella cocina si no tuviera que marcharme de allí?

Capítulo 1 - Recetas para la vida de los demás

A la mañana siguiente me despertaron el sonido de la lluvia golpeando el alféizar y el aroma del pan recién hecho que llegaba hasta la planta de arriba a través de la puerta entreabierta de mi habitación. Durante unos segundos no supe dónde estaba. Las vigas de madera del techo, la colcha bordada y las vistas del huerto empapado no se parecían en nada a mi apartamento de Varsovia. Solo cuando vi la cámara sobre el escritorio, junto al portátil, recordé Podlasie, las tres semanas de trabajo y al hombre que la noche anterior me había servido la cena como si recibir a mujeres desconocidas a su mesa fuera la cosa más natural del mundo.

Cogí el teléfono. Eran las seis y cuarenta. Según mi programa, disponía de una hora para preparar el equipo, revisar las notas y desayunar tranquilamente. A las nueve, la señora Helena y yo comenzaríamos a documentar las primeras recetas. Witold se encargaría de proporcionar los ingredientes, facilitar el acceso a la cocina y ponerme en contacto con las cocineras de la zona. Todo había quedado acordado por correo electrónico, y yo pensaba asegurarme de que la realidad no desdibujara unas normas cuidadosamente establecidas.

Quince minutos después recibí un mensaje suyo.

La señora Helena llegará a las once. A las ocho vamos a buscar patatas. El desayuno está abajo.

Lo leí dos veces.

No era de esas personas que montan en cólera cuando cambian los planes. Era de las que primero averiguan quién los ha cambiado y por qué, y solo después deciden si su enfado está justificado.

Le respondí: No habíamos acordado salir a las ocho.

La respuesta llegó casi inmediatamente.

Lo estamos acordando ahora.

Cerré los ojos.

Witold Jar parecía considerar que ser propietario de una finca también le daba derecho a administrar el tiempo de sus huéspedes.

Bajé a la cocina a las siete y treinta y cinco. Deliberadamente, sin ninguna prisa.

Witold estaba junto a los fogones, dando la vuelta a unas gruesas rebanadas de pan en una sartén de hierro fundido. Llevaba pantalones oscuros, una camiseta gris y todavía tenía el pelo húmedo de la ducha. Cuando levantó la mirada, no pareció sorprendido de verme entrar. Se limitó a señalar la cafetera con la cabeza.

—Buenos días. ¿Ha dormido bien?

—Hasta que recibí el nuevo programa.

—Entonces, bastante tiempo.

—Señor Witold.

—Witold. Si no, acabaré pensando que estoy a punto de recibir una citación administrativa.

Me senté a la mesa, la misma que el día anterior le había ayudado a trasladar. Sobre el tablero había una tabla con queso, un cuenco de tomates y un tarro de miel. Todo tenía

un aspecto tan apetitoso que consiguió irritarme todavía más.

—Habíamos quedado en empezar con la conversación con la señora Helena —le recordé—. Después, documentaríamos la babka de patata, fotografiaríamos los ingredientes y registraríamos el proceso de preparación. En mi programa no aparece ninguna excursión para buscar patatas.

Witold retiró el pan de la sartén.

—Porque las patatas tenían que estar aquí. Ha llovido durante la noche. El vecino no puede entrar al campo con el tractor, así que solo podremos recoger las que consiguió sacar ayer y dejó bajo el cobertizo.

—Entiendo. Entonces, tráigalas, por favor.

—Me gustaría que viniera conmigo.

—¿Por qué?

Dejó un plato delante de mí.

—Porque el libro debería contar algo más que lo que acaba llegando al plato.

Lo observé con mayor atención. Aquella no era la respuesta de alguien que desconociera el proceso de creación de un libro. Era la respuesta de un hombre que tenía su propia visión y estaba decidido a llevarla a cabo.

—Soy yo quien responde por el concepto de la publicación —dije con calma—. Y por su forma definitiva.

—Lo sé. He leído sus libros.

Me sorprendió lo suficiente como para dejarme unos instantes en silencio.

—¿Todos?

—Dos. Uno sobre cocina de temporada y el de las recetas familiares.

—¿Y qué le parecieron?

—En el primero dedicó demasiado poco espacio a las personas que cultivaban las verduras.

Dejé el tenedor.

—Era un libro de cocina.

—Precisamente.

Tenía el aspecto de alguien sinceramente convencido de que su argumento debería explicarlo todo. Me dieron ganas de responderle algo especialmente mordaz. Me contuvo el recuerdo de otro libro que, después de publicarlo, yo misma había considerado demasiado frío. Fotografías perfectas, recetas comprobadas, textos equilibrados. Ni un solo error. Y quizá precisamente por eso, demasiado poca vida.

—¿Y el segundo? —pregunté.

Witold se apoyó en la encimera.

—El segundo era mejor. Hablaba de una mujer que durante treinta años preparó bollos de masa fermentada para sus vecinos, aunque ella misma no podía comer dulces. Recuerdo que guardaba en un cajón las recetas escritas por su marido.

Recordaba un detalle al que el libro apenas dedicaba unas frases.

—Se llamaba Teresa —dije.

—Lo sé.

No sonrió con aire triunfal. Simplemente colocó una segunda taza sobre la mesa y se sentó frente a mí.

—Quiero que las personas que se lleven este libro sepan de dónde proceden las recetas. Y quiénes siguen recordándolas.

—Ese también es mi objetivo.

—Entonces tenemos algo en común.

—Una cosa. Las demás tendremos que hablarlas.

Durante un momento nos miramos por encima de las tazas humeantes. Tenía la impresión de que Witold estaba acostumbrado a que la gente cediera ante él porque conocía el lugar mejor que nadie. Yo no pensaba sumarme a ese grupo. Al mismo tiempo, resultaba difícil ignorar que detrás de su obstinación había un conocimiento de una realidad a la que yo apenas estaba empezando a acercarme.

—De acuerdo —dijo—. Hablemos.

Saqué mi cuaderno de notas.

—Primero, una cosa. No puede cambiar mi programa sin consultármelo previamente.

—Y usted no puede dar por hecho que las personas y el tiempo atmosférico se adaptarán a las horas escritas en una tabla.

—No lo doy por hecho. Por eso mi planificación incluye un margen.

—¿De cuánto?

—Dos días.

Miró hacia la ventana.

—En Podlasie, durante el otoño, reservar dos días es más bien una demostración de optimismo.

—¿Y pasar tres semanas sin ningún plan?

—Eso sería una imprudencia.

Me reí a pesar de mí misma.

—¿Siempre tiene que quedarse con la última palabra?

—No. A veces me conformo con la penúltima.

Comí un trozo de pan. Estaba crujiente, ligeramente ácido y cubierto de una mantequilla que olía a nata fresca. No quería reconocer que, una vez más, había conseguido desarmarme con algo tan sencillo como la comida. Durante los últimos meses, mis desayunos habían consistido principalmente en yogures que tomaba entre llamadas telefónicas a la editorial. Allí, incluso una comida corriente exigía detenerse a la mesa.

—Iré a buscar las patatas —decidí—. Con la condición de que, cuando volvamos, nos sentemos a preparar un plan detallado y deje de tratar mis horarios como simples sugerencias.

—De acuerdo.

—Y no interprete esto como una autorización para darme más sorpresas.

—Intentaré que las próximas sean más agradables.

Me miró con una expresión tan inocente que durante un segundo me pregunté si estaba coqueteando conmigo. Decidí que todavía era demasiado pronto para sacar semejantes conclusiones.

Fuimos en un viejo todoterreno cuyo interior olía a cuero, a chaqueta mojada y a madera. La carretera discurría entre campos donde la tierra oscura brillaba después de la lluvia nocturna. Witold conducía con seguridad, sujetando el volante con una mano y cambiando de marcha de vez en cuando con la otra. No encendió la radio. Cuando le

pregunté por qué, respondió que le bastaban el sonido del motor y lo que sucedía al otro lado de las ventanillas.

Durante los primeros kilómetros hablamos de variedades de patatas, nombres locales de platos y productos de temporada. Me sorprendió cuánto sabía de cocina, aunque no se presentaba como cocinero. Sabía explicar por qué una variedad resultaba más adecuada para la babka y otra para la kiszka ziemniaczana, un embutido tradicional de patata. Distinguía el sabor de la mantequilla de diferentes granjas y sabía dónde todavía era posible comprar nata agria auténtica.

—¿De dónde sabe todo esto? —pregunté.

—Crecí en una cocina. Mi madre cocinaba para los huéspedes y mi padre decía que alguien tenía que asegurarse de que nunca faltara leña para la estufa. Yo solía estar más cerca de las ollas.

—Así que escogió la parte más agradable de las obligaciones.

—Entonces no me parecía agradable. Pelaba patatas para veinte personas.

—Eso debería haberlo alejado definitivamente de la hostelería.

—Y, sin embargo, no fue así.

Nos detuvimos junto a una finca rodeada de viejos tilos. Bajo un cobertizo de madera había cajas llenas de patatas. Un hombre mayor, con botas de goma, saludó a Witold con un fuerte apretón de manos y después me observó con curiosidad.

—¿Esta es la señora del libro?

—Malwina Czerwińska —me presenté.

—Stanisław Kulesza. Pero aquí todos me llaman Staszek. Witek me dijo que iban a recopilar recetas.

—Así es. También me gustaría documentar la procedencia de los ingredientes, si me lo permite.

El hombre arqueó las cejas.

—¿Y para qué quiere alguien fotografías de patatas?

—Porque quienes compran libros de cocina suelen saber más sobre el aspecto del plato terminado que sobre los ingredientes de los que procede.

Stanisław reflexionó unos instantes y después señaló el campo que se extendía detrás de los edificios.

—Entonces venga a ver de dónde salen.

Durante la siguiente media hora fotografié patatas, hablé sobre la tierra y anoté observaciones que no habría encontrado en ningún artículo de internet. Witold ayudó a transportar las cajas, pero no intervino en la conversación. Solo cuando Stanisław empezó a hablar de una variedad que su padre había cultivado años atrás, le sugirió el nombre de una vecina que podía recordar más detalles.

Fue la primera vez que vi con claridad cómo podríamos trabajar juntos.

No dirigía la conversación por mí. Abría puertas para las que yo no tenía llave.

Durante el trayecto de regreso fotografié una de sus manos apoyada en el volante. Advirtió el movimiento de la cámara.

—¿Qué está fotografiando?

—Un detalle.

—Mis manos no forman parte de ninguna receta.

—Todavía no lo he decidido.

—Eso suena amenazante.

—Para un hombre que cambia los horarios por su cuenta, debería serlo.

Sonrió sin apartar los ojos de la carretera.

La señora Helena llegó unos minutos después de las once, llevando una cesta de cebollas y un trozo de tocino envuelto en un paño de lino. Era una mujer menuda, de cabello gris y una mirada capaz de poner orden a su alrededor al instante.

—¿Es usted quien va a escribir sobre nuestra comida? —preguntó antes de quitarse el abrigo.

—Si me lo permite, sobre todo voy a escuchar.

Me observó con aprobación.

—Bien. Porque hablar sabe todo el mundo, pero escuchar ya es otra cosa.

Empezamos por la babka de patata. Coloqué la cámara, preparé la báscula y el cuaderno. La señora Helena miró la pantalla electrónica como si fuera un aparato destinado a predecir el tiempo.

—¿Y esto para qué?

—Para que los lectores puedan reproducir la receta.

—Yo pongo la harina que hace falta.

—Precisamente por eso necesito comprobar cuánta es.

Witold, que estaba cortando cebolla, giró la cabeza para ocultar una sonrisa.

—Ni una palabra —le advertí.

—No he dicho nada.

—Su silencio hace demasiado ruido.

La señora Helena soltó una carcajada.

Durante las dos horas siguientes, la cocina se transformó en un espacio lleno de conversaciones, aromas y pequeñas discusiones. Pesé los ingredientes, fotografié las distintas fases y pregunté por la temperatura del horno y la consistencia de la mezcla. Witold vigilaba la estufa, traía los utensilios necesarios y recordaba a la señora Helena detalles que ella consideraba demasiado evidentes para mencionarlos.

En un momento dado, me quitó de las manos un cuenco metálico antes de que pudiera dejarlo sobre una superficie mojada.

—Aquí está desnivelado. Se va a caer.

—Me habría dado cuenta.

—Seguramente un segundo después.

No me gustó que tuviera razón.

Cuando la babka entró en el horno, la señora Helena se sentó a la mesa con una taza de té. Hablamos de su madre, que cocinaba para los trabajadores que regresaban del campo, y de que en las recetas antiguas pocas cosas podían prepararse sin ayuda de alguien cercano. Uno pelaba, otro rallaba y otro traía la leña.

—Hoy todo el mundo quiere hacerlo todo solo —dijo—. Y después se sorprende de estar agotado.

Anoté aquella frase.

Witold miró mi cuaderno.

—¿Eso también aparecerá en el libro?

—Quizá.

—Bien. A lo mejor alguien se lo toma en serio.

—Por lo visto, usted no tiene ningún problema para aceptar ayuda.

—Sí lo tengo. Por eso sé de qué está hablando.

Respondió sin sonreír.

No tuve tiempo de preguntarle más porque la señora Helena nos llamó junto al horno. Cuando sacamos la babka, tenía la superficie dorada y los bordes tan tostados como le gustaban al pequeño Witek del cuaderno de su madre. Witold cortó el primer trozo para la señora Helena, el segundo para mí y dejó el tercero en su propio plato.

Durante varios minutos comimos casi en silencio.

Después, la señora Helena se marchó llevándose una parte de la babka preparada, y yo me quedé a la mesa con el ordenador y un hombre que estaba a punto de descubrir que una colaboración agradable no significaba renunciar a las normas.

Abrí el calendario de trabajo.

—Necesitamos acuerdos concretos. Nombres, fechas, autorizaciones de publicación y una lista de recetas. No puedo enterarme cada mañana de lo que vamos a hacer ese día.

Witold acercó una silla.

—Tengo una lista de treinta y cuatro platos.

—En el contrato acordamos veinticuatro.

—Lo sé. Pero me gustaría incluirlos todos.

—Es imposible con el plazo y el presupuesto actuales.

—Podemos prolongar su estancia.

—No podemos.

Me miró con atención.

—¿Por qué?

—Porque tengo otros compromisos. Este es un proyecto definido, no el comienzo de una colaboración indefinida.

Deslizó un dedo por el borde de la mesa.

—Lo entiendo. Pero la propiedad se pondrá a la venta. No sé si dentro de un año podremos reconstruir estas historias en este mismo lugar.

—Entonces es todavía más importante que hagamos bien el trabajo, en lugar de intentar hacerlo todo.

No respondió inmediatamente.

—Me gustaría tener derecho a aprobar la parte relacionada con mi familia —dijo por fin.

—Puede comprobar los hechos y decidir qué historias privadas desea compartir. Pero no puede intervenir en todo el texto según su propio criterio.

—¿Y si algo aparece presentado de una manera que no me gusta?

—Lo hablaremos. No voy a prometer cambiar algo simplemente porque la verdad le resulte incómoda.

Levantó la mirada.

Durante varios segundos permanecimos sentados frente a frente, conscientes de que habíamos entrado en un terreno en el que ninguno estaba dispuesto a ceder.

—Es usted una mujer difícil, Malwina.

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre sin aquella distancia formal.

—Y usted es un hombre que cree que todo puede negociarse si permanece sentado el tiempo suficiente a una mesa.

—No todo.

La forma en que lo dijo me dejó momentáneamente sin la respuesta que ya tenía preparada.

Solo cerré el ordenador cuando acordamos que al día siguiente elaboraríamos una lista conjunta de entrevistados y que hablaríamos por separado de los materiales familiares. Sabía que nuestro acuerdo era frágil. Lo que todavía no sabía era si detrás de su obstinación había apego a la historia o miedo a algo que no quería nombrar.

Al salir de la cocina, vi sobre el aparador un sobre con el logotipo de una agencia inmobiliaria. Junto a él había un presupuesto para reparar el tejado, parcialmente cubierto por el cuaderno de recetas.

Witold siguió la dirección de mi mirada y guardó los documentos en un cajón.

—¿Mañana empezamos a las nueve? —preguntó.

—A las nueve. En punto.

—¿Y si llego once minutos antes?

Me volví hacia él.

—Entonces puede que le ofrezca un café.

Sonrió, y por primera vez aquel día tuve la sensación de estar abandonando la cocina antes de lo que realmente deseaba.

Capítulo 2 - Un lugar a la mesa

Al día siguiente, poco antes de las nueve, encontré a Witold en una pequeña habitación detrás de la cocina, donde las estanterías de madera estaban llenas de tarros de conservas, libros antiguos y cajas repletas de fotografías. Sobre la mesa había extendido un mapa de la zona, varios cuadernos y hojas con nombres. Al lado esperaban dos tazas de café, una de ellas negro, exactamente como a mí me gustaba.

Miré el reloj.

—Son las ocho y cincuenta y uno.

—Así que he cumplido sus expectativas.

—¿Qué expectativas?

—No he llegado tarde ni he organizado una excursión sin permiso.

—El día acaba de empezar.

Sonrió y me señaló una silla.

El espacio era pequeño, de modo que tuvimos que sentarnos cerca el uno del otro. Percibía el aroma del café recién preparado y el jabón que utilizaba. Las mangas remangadas de su camisa dejaban al descubierto unos pequeños arañazos en el antebrazo. Pensé que no encajaba en absoluto con la imagen que antes tenía de un propietario de alojamiento rural que se limitaba a dirigir al personal y gestionar reservas. Witold parecía alguien capaz de reparar un tejado por sí mismo, preparar una cena para veinte huéspedes y encontrar todavía tiempo para recordar cómo le gustaba el café a una mujer a la que acababa de conocer.